

Entre tanto meditaba Cabrera un plan atrevido: proponíase sorprender la ciudad de Zaragoza; y hallándose todavía en el sitio de Gandesa, mandó á Cabañero que marchase con dos mil doscientos infantes y trescientos caballos á realizar tan grande hazaña. Partió Cabañero el 3 de Marzo, y á la una de la madrugada del 5 acampaba su gente á corta distancia de la capital de Aragon. Envió un teniente con diez y seis hombres de confianza y un guia, dándole la comision arriesgada de abrir una de las puertas de la ciudad, y esperó.

Los enviados, en inteligencia con algunos paisanos de la torre de Ponte, se acercaron sigilosamente á la muralla, la escalaron, y apoderándose de la puerta del Cármen, la abrieron á hachazos y con ayuda de una reja de arar. Avisado Cabañero, acudió con toda su fuerza, y á las cinco de la mañana invadian sus batallones el barrio de San Pablo, y se internaban por varias calles, colocándose en las avenidas de la puerta Quemada, Mercado, Predicadores, Armas, Arco de San Roque, entre la Audiencia y casa del General, plaza de San Francisco y Piedras y del Coso, dando vivas á Cárlos V, y tocando generala, mientras la caballería se situaba en los paseos inmediatos.

La guardia del principal no pudo ser sorprendida, y á los tiros que allí se dispararon, y al ruido que metian los carlistas celebrando prematuramente su triunfo, despertaron los zaragozanos, y empuñando las armas, sin direccion, sin jefes, se aprestaron á castigar tanta osadía. En medio de la oscuridad iban saliendo los nacionales á la calle, donde se juntaban con cuatro, seis ó más compañeros, y hacian frente al enemigo; mientras otros, y hasta las mujeres y niños, le hostilizaban desde las ventanas y puertas y desde los tejados de las casas.

Al amanecer pudieron ya reunirse bastantes nacionales en varios puntos, y entonces se trabó formal batalla en el Mercado, en la plaza de la Constitucion y en el paseo de Santa Engracia, siendo en todas partes rechazados los carlistas, que se pronunciaron en retirada. Un batallon quedó cortado, y cayó prisionero con su comandante y toda la oficialidad. Los zaragozanos pudieron gloriarse de aquella magnífica jornada: obedeciendo al solo impulso de su valor indómito y de su patriotismo, pelearon briosos y alcanzaron una brillante victoria, causando al invasor de la ciudad heróica doscientos diez y siete muertos, setenta y ocho heridos abandonados en las calles, y haciendo prisioneros 29 jefes y oficiales y 700 soldados. La pérdida

apremio á reclamar las contribuciones atrasadas. No faltó una persona prudente que aconsejase al comisionado marcharse cuanto antes sin dar ningun paso, como lo hizo evitándose un disgusto.

de los liberales fué de 11 muertos, 50 heridos y 54 prisioneros, cogidos en las primeras horas de la sorpresa.

En los terribles momentos de la invasion, el Capitan general, D. Juan Bautista Esteller, permaneció encerrado en su palacio, sin querer salir, ni permitir á su guardia que hiciese fuego desde los balcones. ¿Cuál era la causa de esta conducta extraña? Parece indudable que, al choque de un acontecimiento tan grave é imprevisible, el desdichado general perdió el uso de su razon; pues se le veia correr de una parte á otra, pidiendo á gritos descompasados batallones y escuadrones que no habia; y cuando, retirados los carlistas, se le propuso hacer una salida para recobrar los prisioneros, preguntó con la mayor cándidez si el Ebro tenia puente. La opinion pública sobreexcitada en aquellos momentos acusó á Esteller de complicidad con Cabañero. Prendióse tumultuariamente al general, en la tarde del 6, y se le condujo al edificio de la Inquisicion, donde debia esperar el resultado de un proceso; pero al dia siguiente, una turba feroz le arrebató de su prision con pretexto de llevarle al Principal, y le asesinó en el camino, manchando así la gloria conquistada el dia 5 por el heróico pueblo zaragozano.

### III.

Hasta principios de Marzo de 1838, pudo creerse que los dos partidos beligerantes en Cataluña habian convenido en una tregua; pues apenas ocurrió ningun hecho de armas digno de mencion especial: tanto el Baron de Meer, como Segarra, el nuevo jefe de los carlistas, se ocupaban en trabajos de organizacion.

Durante el mes de Febrero, el Baron abasteció de víveres y municiones á Manresa y Suria, fortificando este último punto, que le importaba conservar como base de operaciones, y organizó sus fuerzas en tres divisiones; la de vanguardia al mando de Clemente, y las otras dos á las órdenes de los brigadieres Salcedo y Carbó. Las recomendaciones de este jefe, calurosamente apoyadas por algunos oficiales de Estado mayor, inclinaron el ánimo del General en favor del jóven PRIM, cuyas dotes militares no habian sido hasta entonces debidamente utilizadas. El Baron pensó desde luego destinarle á uno de los cuerpos de la division de vanguardia, y con este propósito le dió á mandar *en comision* la segunda compañía de cazadores del regi-

miento de Zamora, 8.º de línea. Era necesario no chocar con ciertas prevenciones, y aun contemporizando con ellas, PRIM fué mal mirado al principio por los demás oficiales de Zamora, que no podían resignarse á tener por compañero á un ex-capitán de francos.

Segarra, entre tanto, hacia levantar las fortificaciones de Ripoll, y conociendo que el Baron de Meer trataría de impedirlo apoderándose de aquel punto, procuró distraer su atención hácia la Conca de Tremp, al mismo tiempo que guarnecía convenientemente la mencionada villa, encargando á su gobernador que la defendiese á todo trance, y á Tristany que estuviese á la mira para socorrerla.

El 25 de Febrero abrió Segarra la campaña, poniendo sitio á Gerri, poblacion de unos ciento cincuenta vecinos, defendida por débiles muros aspillerados, y dominada por altas montañas. A pesar de sus malas condiciones para la defensa y de ser muy corta la guarnicion, esta pequeña villa se sostuvo diez y seis dias contra el poder de ochocientos carlistas, que la combatieron obstinadamente con proyectiles huecos y balas rasas, y que no se atrevieron á dar el asalto, á pesar de haber abierto diferentes brechas. Destruidas algunas casas, y voladas otras por la explosion de una mina, Segarra intimó la rendicion á los sitiados, que le contestaron con fiereza espartana: *Gerri no se rendirá mientras respire uno solo de sus defensores.*—Continuando las hostilidades, los carlistas consiguieron apoderarse de un arrabal extramuros; pero sus valientes contrarios hicieron una salida y lo incendiaron, obligándoles á abandonarlo. Por fin, el 12 de Marzo, una columna liberal hizo levantar el sitio, y Gerri se vió libre de sus tenaces enemigos.

Entre tanto sufrían un desastre los nacionales de Reus cerca de la Poble. Sorprendidos el 1.º de aquel mes por el Llarch de Copons, fueron derrotados, pereciendo unos ciento treinta hombres, entre ellos muchos jóvenes de las familias más distinguidas.

Al mismo tiempo batía el Baron de Meer á Tristany en Bioscà, y desembarazado de este enemigo, marchó resueltamente contra Ripoll, cuyo gobernador no se atrevió á oponerle una seria resistencia por estar sin concluir las obras de defensa: retiróse prudentemente, y el Baron ocupó la villa el 16 de Marzo, acabó de fortificarla, y regresó despues hácia Manresa.

PRIM asistió á la toma de Ripoll con la division de Carbó, á quien quedó confiada su defensa y la de toda aquella parte del territorio, mientras el general en jefe recorría el resto de la provincia, guarnecía y fortificaba á Esparraguera, y sostenía

empeñados combates, el 5 y 6 de Abril, en las inmediaciones de Suria. Defraudadas las esperanzas que Tristany habia concebido de recobrar este punto fortificado, marchó hácia Ripoll reuniendo fuerzas considerables con la agregacion de las que mandaban Burjó y Zorrilla. Sin aguardarle, salió á su encuentro Carbó con más valor del que la prudencia exigia, y el 9 de Abril, le atacó brioso en los campos de San Quirse de Besora. La victoria quedó indecisa, retirándose los carlistas, y guareciéndose Carbó al abrigo del pueblo, que estaba fortificando. Al dia siguiente se repitió la accion con igual resultado que el anterior, aunque los carlistas pudieron considerarse vencedores, dada la necesidad en que se vió su contrario de mantenerse á la defensiva por la notable inferioridad numérica de sus fuerzas.

Carbó permaneció bloqueado en San Quirse durante los dias de la Semana santa: el 15, Domingo de Resurreccion, resolvió el jefe liberal hacer otra salida, y concluir de una vez con aquella situacion, que su pundonor militar le hacia considerar como vergonzosa: tomó acertadas disposiciones, atacó y venció, derrotando completamente al enemigo, que hubo de retirarse precipitadamente con pérdida de más de trescientos muertos, ciento noventa y cinco heridos, y doscientos catorce prisioneros.

A todas estas acciones asistió PRIM, y en todas ellas se distinguió notablemente, ganando más que el aprecio, ese entusiasmo y el respeto de sus nuevos compañeros: no admiraban tanto su arrojo, como la imponente serenidad con que arrostraba los mayores peligros, comunicando al soldado la confianza, que es el primer escalon de la victoria: muchos de aquellos oficiales que, algunos dias antes, le miraban con prevencion, ahora se congratulaban de que el regimiento hubiese de adquirir tan buena espada. En la accion del 15 de Abril dió PRIM señaladas muestras de sus condiciones de mando, combatiendo á la cabeza de dos compañías contra fuerzas triplicadas, y desalojando al enemigo de formidables posiciones: en el momento de replegarse sobre su flanco, obedeciendo las órdenes superiores, recibió una herida, que, aunque bastante grave, no le hizo desistir de continuar al frente de sus tropas.

PRIM fué ascendido á capitán de infantería por su bizarro comportamiento en aquellos combates: llevaba entonces cuatro años y dos meses de servicio, durante los cuales habia asistido á veintidos acciones y sostenido cuatro lances personales, siendo herido tres veces: no podia decirse que debia los ascensos al favor.

El 27 de Abril, mientras PRIM se hallaba en Vich curándose de su herida, emprendió el Baron de Meer el sitio de Oris, cuya guarnicion se rindió á los seis dias,

á pesar del aliento que debia infundirle la presencia en aquel punto de uno de los miembros de la Junta de Bergá.

Las fuerzas carlistas del Principado quedaron muy quebrantadas con este y los anteriores descalabros: conociéndolo así su comandante general, consideró necesario mantenerse á la defensiva, y dar instruccion y mejor organizacion á su gente, procurando aumentar el número de la misma: para ello estableció en Borredá un colegio militar, y de acuerdo con la Junta, se decretó una quinta, ó por mejor decir, una leva; pues eran obligados al servicio de las armas todos los solteros y viudos sin hijos, desde la edad de 17 á 45 años, pudiendo eximirse de entrar en sorteo los que entregasen 1000 reales, ú ocho fusiles con sus bayonetas y cananas, y rescatándose los sorteados por 4000 reales, ó bien 32 fusiles, ó dos caballos con sus monturas. Segarra no hacia más que imitar el sistema de Mendizábal, que le dió excelentes resultados.

#### IV.

Al mismo tiempo que en Cataluña sucedia la calma á los combates, desplegábase gran actividad en Castilla, donde alcanzaban ruidosos triunfos las armas liberales. A mediados de Marzo habia salido de Orduña la expedicion del conde de Negri, realista de pura raza, que desde el 7 de Julio de 1822 no habia cesado de pelear, conspirar y sufrir persecuciones por la causa del absolutismo, habiendo estado últimamente preso dos años en Valladolid, y otros dos en el castillo de San Sebastian de Cádiz, de donde se fugó arrojándose al mar, y refugiándose en un buque de guerra francés, que le condujo á Tolon.

Este personaje, más cortesano que militar, pero cuya vida era una continua série de sacrificios y padecimientos por su partido, acababa de llegar á Navarra y al lado de D. Carlos, que le acogió en sus brazos, reponiéndole en el empleo de gentilhomme, que desempeñaba cuando aquel príncipe marchó á Portugal, y nombrándole mariscal de campo. Los demás cortesanos dispusieron confiar al Conde el mando de una expedicion compuesta de nueve batallones castellanos y seis escuadrones nominales, pues entre todos estos no juntaban cuatrocientos hombres montados, y acerca de la cual ha dicho un escritor carlista:

“Esta expedicion fué arrojada con la mayor alevosía, y abandonada á la merced de sus contrarios, siendo lanzada de las provincias del Norte, porque los consejeros de D. Cárlos temieron la influencia del Conde; y aprovechando los deseos que mostraba por acrisolar su reputacion con hechos de armas, allanaron los medios de alejarlo de la inmediacion del príncipe, que le habia recibido con privilegiado interés y privanza..”

Con el conde Negri salió de Orduña el cura Merino, que al pasar el Ebro se le separó, de órden superior, llevándose dos batallones y lo mejor de la caballería, y yendo á internarse en las sierras y pinares de Soria. Negri, con las demás fuerzas, se corrió por el Norte de la provincia de Búrgos, pasó los puertos, y entró en la de Santander, dirigiéndose á Potes.

En cuanto salió la expedicion, marchó en su seguimiento el general Latre, y Espartero corrió á marchas forzadas, por Palencia, á situarse en Leon, punto estratégico bien elegido para proteger las Castillas, ó caer sobre Oviedo, si, como era de presumir, se encaminaban los expedicionarios á Asturias y Galicia.

Latre alcanzó á los carlistas en la Liébana; peleó con ellos todo un dia con gran derramamiento de sangre por ambas partes; pero no pudo vencerlos, y salió herido, teniendo que resignar el mando en Iriarte. Negri, sin embargo, se vió obligado á retroceder hácia Búrgos; y variando de plan acertadamente, pasó el Duero por San Estevan de Gormaz el 3 de Abril, y á los cuatro dias entraba en Segovia, cuya escasa guarnicion se encerró en el Alcázar.

En Segovia se proveyó la expedicion de ropa, calzado y dinero; que harto lo necesitaba; se mandó sacar los mozos de la última quinta y hacer una requisa de caballos: pero no fué posible detenerse mucho tiempo; pues concentrándose las fuerzas liberales sobre aquella ciudad, hubo de abandonarla Negri el dia 10, dirigiéndose por Olmedo y Mojados á Valladolid, sin entrar en ella, pasando luego por delante de Palencia, para ir á Sahagun, y de allí á Mayorga, donde iban á comenzar los desastres de su gente. Antes de llegar á este punto se avistaron las tropas de la Reina: quiso Negri contramarchar rápidamente á Saelices; pero ya era tarde. Atacados sus batallones por la caballería, resistieron con valor varias cargas, cediendo al fin, y retirándose en gran confusion y desórden. Los expedicionarios sufrieron pérdidas considerables en hombres y pertrechos. Su precipitada fuga les llevó en dos dias á refugiarse al abrigo de las montañas de Liébana; pero tambien allí les alcanzó la division de Iriarte, obligándoles á repasar los puertos en el estado

más lastimoso, con un horrible temporal de nieve, sin municiones, sin recursos de ninguna clase, y sin esperanzas de mejorar de fortuna.

La desdichada expedición fué á encerrarse, despues de mil vicisitudes, en el mismo terreno donde siete meses antes habia sido derrotada la de D. Carlos. Para no encontrarse con Espartero, que acababa de situarse en Búrgos, proyectó Negri buscar su salvacion en las montañas de Soria, y marchar á Aragon, vista la imposibilidad en que se hallaba de regresar á las Provincias ; pero le perseguia la desgracia : Espartero le cerró el paso; y acosado el carlista por tres columnas liberales, anduvo algunos dias de una parte á otra, como el toro agonizante hostigado por diestros lidiadores, para caer al fin en manos de su contrario , con solo unos mil hombres, míseros restos de su gente.

Rodeados por todas partes los expedicionarios en las inmediaciones del Fresno de Rodilla, difficilmente pudieron algunos encontrar su salvacion en la fuga : la expedición quedó completamente destruida , y en poder del vencedor casi toda la infantería enemiga, más de doscientos oficiales, gran cantidad de armas, la artillería, las municiones, oficinas, equipajes y otros objetos.

Para mayor realce de este triunfo, acaeció casualmente el 27 de Abril , dia del cumpleaños de la reina Cristina, como lo hizo notar Espartero en la proclama que dirigió á sus tropas.

El infortunado conde de Negri, con algunos jefes y pocos soldados, corrió á juntarse con Merino, pasando luego al reino de Aragon.

Pocos dias despues, el 3 de Mayo, era tambien desbaratado el cuerpo expedicionario de D. Basilio, que, segun recordará el lector, salió del Norte á principios de Enero. Llevaba aquel jefe el encargo de organizar la guerra en las provincias de Cuenca, Toledo y la Mancha, donde abundaban las partidas de latro-facciosos , y á este fin iba investido con el nombramiento de comandante general : pero no le bastaba eso á D. Basilio, que se creia ser un Alejandro ; y sin motivo ni razon plausible, llevó sus correrías á las provincias de Jaen y Granada, volvió luego sobre sus pasos, y despues de cometer horribles crueldades en la Calzada de Calatrava y Puertollano, se dirigió á Almaden, desde donde retrocedió para encaminarse torpemente á Valdepeñas, punto de concentracion de tres columnas liberales , que le hicieron sufrir una vergonzosa derrota. Continuó luego fantaseando por la Mancha y montes de Toledo, hasta el 28 de Abril, que se decidió á pasar el Tajo , entrando en Extremadura y tierra de Plasencia, vigilado de cerca por el general Pardiñas,

que le alcanzó y batió completamente en Béjar, antes de amanecer el citado 3 de Mayo.

Las tropas carlistas que habia en el castillo capitularon ; muchos jefes fueron apresados en sus mismos alojamientos ; cayeron prisioneros unos sesenta oficiales y novecientos individuos de tropa: muertos hubo pocos, y entre ellos lo fué el coronel Fulgoso. D. Basilio se escapó , y pudo recoger un corto número de fugitivos; pero no acometió ya empresa alguna de importancia, y el que habia salido de las Provincias con ínfulas de conquistador , regresó luego solo entre la comitiva del Conde de Negri, cuando volvió este de Aragon.

D. Basilio habia ido allegando en sus correrías muchas de aquellas gavillas de bandidos, que con el nombre de carlistas infestaban la Mancha y otras comarcas : ya vimos que se le agregó tambien al principio la division de Tallada. Hablando de todos ellos, decia el mismo jefe á D. Cárlos en una de sus comunicaciones :

“Las tropas de Aragon, cobardes é insubordinadas, huyen á la vista del enemigo, atropellan y roban cuanto encuentran. Las fuerzas de la Mancha son aun peores: sus jefes, oficiales y soldados no son más que unos facinerosos... Prefiero la muerte á tener á mis órdenes semejantes foragidos, que no conocen ni religion ni rey ; son ladrones y nada más <sup>1</sup>...”

<sup>1</sup> Tal era la opinion que le merecian sus subordinados. Hé aquí ahora la pintura que hace Maroto, en su *Vindicacion*, hablando de D. Basilio y de personajes más elevados: «Contra este sujeto, dice, se habian dirigido á Don Cárlos las más enérgicas reclamaciones sobre robos, asesinatos, incendios y violencias, que motivaron le negase el príncipe el permiso de presentarse en su cuartel. Fiado D. Basilio en su astucia y maña, hizo los mayores ofrecimientos, distribuyó oportunamente algunas dádivas, y al fin llegó á conseguir la gracia y perdon que deseaba; escandalizando algun tanto este proceder, creyéndole efecto del regalo particular que hizo á Don Cárlos de un excelente caballo tordo, para que lo montase la princesa de Beira; sin que sirviese de escrúpulo á su aceptacion el saber positivamente Don Cárlos su ilegal y deshonrosa procedencia; pues era fruto de una de las *hazañas* de que más altamente se le habian quejado á Don Cárlos las personas despojadas por Don Basilio, lo mismo que pudiera haberlo hecho el más famoso bandolero. La desfachatez de este sujeto llegó hasta el caso de entrar en Provincias ostentando las alhajas de casas particulares y de las iglesias que tan poco cumplida y devotamente habia visitado en sus correrías: no ignoraba este D. Cárlos, porque muchos se lo indicaron; pero no fué suficiente para impedir la gracia... Hacianse tales actos en obsequio y mayor gloria de Dios, la religion y el rey, y el católico hermano de Fernando perdonaba las obras por la buena intención.»

Bien hemos dicho en otro lugar, que los carlistas catalanes, de quienes tanto se quejaba Urbiztondo, no eran mucho peores que los de otras provincias.

## V.

Mal empezaba el año de 1838 para los carlistas : excepto en el Maestrazgo , en todas partes sufrían derrotas y desastres. En Cataluña no les fué más propicia la suerte con la llegada del Conde de España , que traído por el de Fonollar desde Lila, entró en la república de Andorra el 1.º de Julio, atravesando los precipicios de los Pirineos sobre la espalda de un contrabandista.

Los realistas catalanes tenían por fin un hombre de teson y de energía, un general indomable y organizador, un verdadero jefe, digno de ellos : así es que le hicieron en Berga un recibimiento entusiasta y magnífico. Un rey no hubiera sido más festejado que lo fué Cárlos de España el día de su entrada en aquella población. No fijó, sin embargo , allí su residencia : estableció su cuartel general en Caserras, y como presidente de la Junta, dispuso que esta se situase en un pueblecillo entre dicho punto y los cañones de Berga, prohibiendo á sus individuos alejarse de aquel lugar sin su permiso.

Debe hacerse al Conde la justicia de que no perdonó medio de establecer la más severa disciplina entre sus tropas, y el orden más escrupuloso en la administracion y en la hacienda, poniendo freno al vandalismo y al pillaje, lo cual no dejó de ser de algun alivio para los pueblos. Al momento de su llegada mandó que se le reuniesen todas las fuerzas carlistas de Cataluña, para enterarse por sí mismo del estado en que se hallaban , y proveer á su organizacion militar, equipo y armamento ; y como dejasen de acudir los seis batallones que mandaba el Llarch de Copons en la provincia de Tarragona, marchó el Conde á buscarle, conociendo que aquel jefe le guardaba rencor á causa de antiguos resentimientos <sup>1</sup>, y supo manejarse tan bien, que le convirtió en uno de sus mejores amigos.

Cuéntase que, habiendo llegado el Conde al amanecer á la vista de un pueblo situado en una llanura, en torno del cual vivaqueaban las tropas de Ibañez , picó espuelas á su caballo, y bajando á escape la colina, se presentó donde aquel estaba, en medio de sus oficiales. En seguida echó pié á tierra, y abrazándole, se volvió

<sup>1</sup> Ibañez, conocido por el *Llarch* (*largo*) de *Copons*, á causa de su descomunal estatura, habia sido condenado por el Conde de España á ocho años de presidio, en 1830, cuando intentó levantar la bandera carlista en Cataluña.

hacia las tropas y exclamó con voz estentórea y al parecer conmovida:—“Ved aquí el orgullo de Cataluña, el mejor servidor del Rey y mi mejor amigo. ¡Honor y gloria á D. Manuel Ibañez y á la division de Tarragona! Y á tí, hijo mio, añadió dirigiéndose á Ibañez, yo te nombro brigadier en nombre de S. M. — Y á vosotros, soldados, os concedo la gratificacion de una semana de paga, porque vosotros seréis á Carlos V, y no á Carlos *con los cinco dedos.*”

La lisonja suena bien en todos los oidos: aquellas tropas, tan poco acostumbradas á oír este lenguaje, victorearon estrepitosamente á su general.

Entre tanto, el Baron de Meer, continuando su plan de ocupar y fortificar los puntos más estratégicos de la montaña, y reconociendo la importancia que habia adquirido la ciudad de Solsona en manos de los carlistas, se proponia recobrarla, y dar al mismo tiempo un golpe ruidoso que amenguase desde luego el prestigio de su contrario. Con fuerzas suficientes, artillería gruesa y todos los elementos necesarios para un sitio, emprendió el Baron su movimiento hacia Solsona el 19 de Julio; y aunque el Conde de España quiso embarazarlo, acudiendo con gran golpe de gente á tomar las formidables alturas de Biosca y de Peracamps, ganóle la delantera el caudillo liberal, y se presentó á la vista de la plaza en la tarde del 21. Los carlistas izaron en una torre el pendon negro, con el lema: “*Victoria ó muerte.*”

El Baron estableció su cuartel general en sitio conveniente, y destinó algunas compañías á circunvalar la plaza y molestar á sus defensores, haciendo fuego durante la noche: una de estas compañías era la 2.<sup>a</sup> de cazadores de Zamora, mandada en comision por el capitán PRIM, que formaba ya parte de la division de vanguardia.

Aquella noche ejecutó PRIM uno de los actos á que tan inclinado se mostraba su espíritu audaz y caballeresco. Despues de algunas horas de fuego, se retiró á largo trecho, como para dar descanso á la tropa, y llamando aparte al sargento 1.<sup>o</sup>, le comunicó una orden. Marchó el sargento, y volvió al poco rato trayendo media docena de hachas de viento. PRIM tomó una, y repartiendo las demás entre algunos hombres de su confianza, les dijo: “Seguidme, muchachos, y haced lo que me veais hacer.”—Mandó á la compañía marchar arma al brazo y con sigilo, y se dirigió hacia uno de los fuertes avanzados de la plaza. Llegado á este punto, encargó el mando de la compañía al teniente más antiguo, dándole instrucciones, y con los hombres que habia escogido, se lanzó á una puerta de la muralla, contigua al fuerte, á tiempo que la tropa distraia á sus defensores, rompiendo el fuego por distinta parte.





Asalto de Solsona.